

Una voz para el cambio

por Leticia Tituaña

Las matemáticas han estado siempre presentes en nuestra vida cotidiana: en cada paso que dábamos en los cultivos, en cada gota de agua recolectada y en cada flor que observábamos. Sabíamos que si las flores caían, nuestras cosechas también lo harían.

Todo era un ciclo, todo estaba conectado y cada acción traía consecuencias. La más grande de ellas fue darnos cuenta de que, a medida que la población crecía, el agua se volvía más escasa y las flores menos abundantes. Esto nos indicaba que debíamos actuar de manera diferente.



Así nació mi interés por las matemáticas y mi compromiso con la justicia social. Durante mi pregrado, comprendí cómo la ciencia contribuía al crecimiento del producto interno bruto de la ciudad más grande de mi país. Sin embargo, la ciencia no avanzaba sola: era el resultado de la unión entre la ciencia contemporánea, los saberes ancestrales y el trabajo muchas veces invisibilizado de las matemáticas.

Como mencioné al inicio, todo está relacionado. Por eso, no tiene sentido separar los conocimientos de las comunidades indígenas de los de la comunidad científica.

Esta reflexión fue mi inspiración para apoyar a Mathkind, una oportunidad perfecta para visibilizar que los saberes ancestrales también son ciencia y que las matemáticas son parte fundamental de nuestra forma de vivir. Participar en la Maratón de Mate me permitió descubrir la diversidad de perspectivas matemáticas que un grupo de mujeres atesoraba. En ese momento, las matemáticas se vieron como nunca antes: la mirada cambió y surgieron nuevos conocimientos compartidos.

Las matemáticas son parte de nuestra identidad. Apoyar programas que visibilizan el rol de las matemáticas en contextos diversos fortalece de manera única a nuestras comunidades y nos recuerda que el conocimiento, en todas sus formas, es un puente hacia un futuro más justo y equitativo.

